

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8500

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras, de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 8 de Marzo de 1890.

¡NO MAS VIFUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

ECOS DE MADRID

7 de Marzo de 1890.

El último domingo celebró la sociedad de Escritores y artistas junta general extraordinaria para entregar el diploma de socio benemérito á Julio Vargas.

¿Quién no conoce á este ilustrado y diligente periodista?

Cuando una cosa era difícil de averiguar exclamaban nuestros antepasados:

—Aveñigüelo Vargas.

Yo no sé si hubo ó no algún Vargas muy listo y perspicaz: lo que sí se es que en ningún tiempo como en el presente puede repetirse con más exactitud la frase de nuestros antepasados.

Julio Vargas sabe todo lo que pasa y cosa rara! escribe como un literato lo que averigua como reporter.

El tiempo es para él de goma elástica. Lo estira de un modo prodigioso. Llena cumplidamente su misión en el «Liberal», en el Congreso, por las tardes se le ve en todos los círculos políticos que se forman en el salón de Conferencias ó en los pasillos, por las noches se le ve en casi todos los teatros y todavía le queda tiempo para prestar su inteligente actividad á la Sociedad de Escritores y Artistas y á otras corporaciones que se honran con su valiosa cooperación.

El baile de máscaras que espera todos los años la buena sociedad para continuar la tradición de los legendarios bailes de Villa hermosa y del salón del Conservatorio, es el que á beneficio de su capital da anualmente en el Regio Coliseo la Sociedad de Escritores y Artistas.

Este baile produce dos resultados; uno útil para la Asociación; otro agradable para el escogido público que á él asiste. Pues bien el esplendor de este baile, las pingües ganancias que ofrece se debe á la inteligencia, á la actividad, á las numerosas y buenas relaciones de Vargas.

La Sociedad debía mostrarle su gratitud y le ha nombrado socio benemérito, constituyendo en verdadera solemnidad el acto de la entrega de este título honorífico.

Hubo discursos muy elocuentes y después la mayoría de los socios se trasladaron al Hotel Inglés donde se celebró un espléndido banquete en honor de Vargas y á beneficio de los estómagos de los comensales.

Nada más justo que el homenaje que se ha tributado á Julio Vargas. Si fue sincero nadie mejor que él puede averiguarlo.

Aquella misma noche se estrenó en el teatro Real la ópera del maestro español Emilio Serrano *Giovanna la Pazza* ó sea *Doña Juana la Loca*.

El éxito que alcanzó el simpático é inteligente compositor no fue ruidoso.

Es cierto que podríamos acusarle de no saber sacar partido del bombo y los platillos en beneficio suyo, pero las personas inteligentes dicen y creo que aciertan; que esta obra ha servido para demostrar lo mucho que sabe el joven maestro.

El asunto era ingrato.

Después del cuadro de Pradilla que en una sola escena condensa al personaje histórico,

no es posible hacer interesante bajo el punto de vista artístico á aquella desdichada reina, cuyo histerismo daría lugar á un curioso estudio en una Academia de Medicina, pero que no se presta á ser protagonista de una ópera.

Lo primero que necesita el compositor es un buen libreto. Por eso Wagner y Arrigo Boito se los arreglan á su gusto.

El maestro Serrano con otro libro habría lucido más sus indispensables cualidades. De todos modos ha demostrado que merece el título de maestro.

Es de esperar que la antigua zarzuela renazca con su antiguo prestigio, si hemos de juzgar por el favor que alcanzó el antiguo repertorio en el teatro de Price.

El público acude como para animar á los artistas, á los autores y á los compositores; y si el año próximo se forma una buena compañía y hay obras, acabará el efímero reinado de las piezas en un acto con chulos, guardias de orden público y absurdos de todos géneros.

Si esto sucede, Madrid deberá á las provincias la ocasión de desencanallar... bajo el punto de vista teatral.

Continúan las víctimas de las inclemencias del tiempo. D. Luis Fernández Guerra y Orbe distinguido literato y miembro de la Academia Española ha fallecido antes de ayer.

Escribió algunas obras dramáticas y puede decirse que ha colaborado en casi todas las que más éxito han alcanzado, con sus indicaciones, sus consejos y á veces con su pluma. Era de un carácter bondadosísimo y ha tenido siempre muchos y buenos amigos.

También ha muerto el marqués de Mudela, más respetado por sus vinos que por sus méritos científicos y su personalidad política y eso que era notable en estos dos últimos conceptos.

Falta hacen las fiestas que se proyectan realizar en la primavera, aunque solo sea para olvidar las fechorías del invierno.

Julio Nombela.

LA CUARESMA EN LA ANTIGÜEDAD.

Los galos y los francos, á partir del momento en que se convirtieron á la religión cristiana, observaron sus prescripciones con gran fervor, y en particular las abstinencias de la Cuaresma.

Es verdad que la autoridad real se vió precisada muchas veces á prestar su auxilio al poder eclesiástico. En 789 Carlo Magno declaró que todo aquel que no observase la Cuaresma sin un motivo legítimo sería castigado con la muerte. Una de sus capitulares está concebida en estos términos: «Pena de muerte para todo aquel que quebrante el ayuno cuadragésimo, comiendo carne, sin una necesidad absoluta.»

No es de admirar este rigorismo, porque no es el solo ejemplo que nos presenta la historia de todas las tiranías, llámese como se llamen.

Ditmar, arzobispo de Merseburgo, dice que en los primeros tiempos de la conversión polaca se le arrancaban los dientes y se le daba muerte luego á todo el que hubiese comido carne después de la septuagésima.

Aun los enfermos de los hospitales y los leprosos eran sometidos á este precepto canónico, como lo prueban las donaciones de arenques hechas en 1215 por Tribault, conde de Blois; en 1260 Luis IX, y

por una nota de la despensa del *Hotel-Dieu* de París, del año 1260, donde figuran enormes compras de dichos peces para los enfermos del hospital. No es de extrañar, pues, el incremento que entonces tomaba la lepra cuando se sometía á los leprosos á esta alimentación tan perjudicial para su enfermedad.

También se obligaba á las tropas á observar el mismo precepto. Durante las guerras de la *Liga*, los soldados del ejército católico se conformaban rigurosamente á él, tanto más cuanto que los hugonotes hacían alarde de no observarlo. En el sitio de Orleans, en 1563, Cipiere, que mandaba el ejército católico, pidió al cardenal Ferrare, nuncio de Roma, autorización para que sus soldados comiesen carne, obediendo el permiso á costa de oro.

En 1534 Guillermo de Moulín, señor de Brié, tuvo que dirigirse al arzobispo de París pidiéndole licencia para que su madre una octogenaria, fuese dispensada de observar la Cuaresma.

El arzobispo concedió al señor de Brié la gracia que solicitaba mediante una crecida cantidad de dinero.

En 1549 ya Enrique II permitió vender carne, mas solamente á los que acreditasen con un certificado médico que tenían absoluta necesidad de dicho alimento.

Pero catorce años más tard: Carlos IX se muestra más severo, volviendo á prohibir el uso de la carne, y en 1575 y 1595 el Parlamento dispuso que sólo mediante certificado de los sacerdotes se permitiese vender carne á los carniceros, obligando además á éstos á que tomasen nota del nombre y el domicilio del comprador para que la policía se cerciorase de la verdadera necesidad del enfermo.

Para eludir estas medidas rigurosas, el pueblo de París iba á Charentón, donde podía comprarse carne libremente en un templo protestante, y á fin de alejar las sospechas de los vecinos más timoratos y las pesquisas de la policía, quemaban ó asaban arenques detrás de la puerta de la calle, á fin de que por el humo creyesen que se alimentaban de pescado.

Sin embargo, la Cuaresma no era entonces tan difícil de observar como lo fue luego. En las mesas más escrupulosas podían figurar las gallinas, los huevos, etc. Mas tarde se prohibió hasta los huevos.

Las comidas habían de prepararse con aceite; pero como este medio de preparación no estaba al alcance de los pueblos del Norte toleróse el sebo, que fue luego sustituido por la manteca, la que á su vez fue interdicta, de tal modo, que Carlos V se vió obligado á solicitar del papa Gregorio XI autorización para usarla. En 1491 Ana, duquesa de Bretaña, fue á Roma á pedir para ella y los habitantes de su ducado la misma autorización.

Variaciones.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CABALLERO

Charada

Nunca lo podré olvidar

el buen dos tres que he pasado viendo en el todo un billar y á un prima dos empeñado en que había de jugar.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

LOS HOMBRES FENÓMENOS

Es por demás curiosa y pintoresca la historia de esos individuos privilegiados cuyos proezas físicas exceden del medio fisiológico común á la generalidad de los mortales.

Como tipo de hombre forzudo, casi un Hércules, los españoles podemos citar con preferencia al famoso soldado de nuestros tercios García de Paredes, que, según refiere la tradición, doblaba los barrotes de hierro de grueso un metro y hacía otras lindezas por el estilo.

Mlle. Gautier célebre artista de la comedia francesa, doblaba con los dedos una bandeja de plata y la convertía en un cubilete.

El mariscal de Sajonia no podía abrir la mano de la actriz, cuando ésta la cerraba con fuerza.

Es de advertir que el buen mariscal era un Hércules, pues se cuenta de él que partía las piedras de una puñada, y que hallándose de caza en Chantilly, improvisó un tirabuzón arrollando en hélice un largo clavo alrededor de su dedo.

Sabido es que muchos dentistas, singularmente los japoneses, extraen con el pulgar y el índice los molares más arraigados.

En todos estos «*tours de forces*», la destreza ó «*maña*», que decimos los españoles, juega un gran papel: influye también, como es natural, la costumbre que se tenga de tales ejercicios y la educación física recibida.

Las razas del Norte, por su robusta complexión y por lo desarrollados que entre ellas se encuentran los ejercicios gimnásticos, dan muchos casos de hombres forzudos: el padre del príncipe Orloff era capaz de hacer un ruido con un largo atizador de hierro de los que se usan en las chimeneas de Rusia. Ostrowieff, general de comienzos del siglo, torcía con los dedos de la mano un sable bayoneta de los usados por la infantería.

Oro de los tipos que figuran en la sección de hombres fenomenos es el de los andaneros. En España hemos tenido y tenemos ejemplares notabilísimos, ahí están «*Hielto*» el *Christav*, y otros que han corrido con caballos y han andado á buena marcha largas distancias. Los franceses se hacen lenguas del lacayo Duparc, que hizo en siete días el trayecto de París á París y viceversa, ó sea andado veinticinco leguas por día. Como caso excepcional, los yankees se ufanan de tener en el país al «*hombre de la carretilla*», que en 118 días ha atravesado últimamente la América del Norte desde San Francisco á Nueva York, llevando delante un carrito de mano.

Ernesto Meussen recorrió en 15 días el trayecto de Moscu á París ó sea más de dos mil kilómetros saliendo á unas veinte leguas por día.

El capitulo de saltadores no es menos curioso que el de los héroes y andarinos.

En la India es muy frecuente ver á los titiriteros saltar por encima de veinte personas puestas de pié y con los brazos levantados.

Observando las reglas de la gimnástica, se puede entrar en ganas de dar tamaños saltos porque la cosa al parecer no ofrece peligros. Para ello es menester que al saltar se cuide de caer sobre las puntas de los piés doblando las piernas y el cuerpo á fin de que el choque